

Quiso revelar al hombre de sociedad antes que al corazón excepcional, y Piedad había soñado antes en el corazón que en el hombre.

Las primeras insinuaciones de Antonio contrariaron notablemente á Piedad.

No revelaban ciertamente aquellas insinuaciones, ni al amante tímido, espiritual y *poético*, por expresarnos así, de los ramos, ni al moribundo de amor de la carta; sino á una especie de viejo calavera, frío, gastado y fatuo, que había buscado muchos amores por pasatiempo, y buscaba el suyo quizá solo por comodidad.

Pero al cabo de algun tiempo, Piedad, que no carecía de penetración, llegó á comprender el estado de Antonio, apreciar los verdaderos sentimientos que le había inspirado, y hacerse, en fin, con él un tanto mas expresiva.

Piedad en poco tiempo pudo hacer un estudio lento y detallado de Antonio.

Fué analizando uno por uno y del modo mas nimio todos los vicios de su carácter, todos los inconvenientes de su educación puramente literaria, casi novelesca.

No podia, por otra parte, darse cuenta de las verdaderas resoluciones que precedieran á la presentacion de Antonio en su casa, ni de hasta qué punto pudiera llegar ella á ejercer una influencia decisiva en su amante, para llevarlo por medio de su ternura hasta la consumacion de sus amores, hasta la fusion de sus almas.

Y había ademas en *aquello* el tiempo suficiente para seguir en una tranquila lentitud, pues ninguna resolucion definitiva podria llegar á darle á Antonio sin hacer antes intervenir en ella á su *papaíto*.

Ya hemos dicho antes que D. Martin se hallaba ausente «por causa de la República,» como decian los romanos.

Esta lentitud era precisamente lo que Antonio deseaba, y por cierto la esperanza de seguir en ella, había contribuido, y no poco, á dar algunos *pasos* en el sendero lleno de rosas y lleno de espinas de sus amores.

Pero Antonio se había dicho á sí mismo en voz alta un *adelante!* lleno de energía y resolucion.

—Para seguir *adelante*, poco importa empezar con lentitud—se murmuró en voz baja.

XLVII.

Si nuestro jóven hubiera revelado desde luego su verdadero carácter, hubiera sido amado de una manera mas inmediata, y por expresarnos así, menos laboriosa.

Al través de la compasion de Piedad, había ternura. Al través de la reserva que Antonio pretendió emplear, nada había, absolutamente, mas que un sentimiento, pretendiendo disfrazarse con el traje *convencionalmente* necesario de la circunspeccion.

Bien pronto el enamorado quitó la careta al presunto calavera, y aparecieron de una manera tan repentina como franca el cerebro y el corazón del amante.

Es decir: una alma lanzándose á tientas en pos de lo desconocido y de lo maravilloso.

Un espíritu perdido entre las curvas caprichosas é infinitas de los ámbitos en donde vuelan las quimeras, las ilusiones, toda esa falange etérea é indescifrable que puebla los espacios salones de la imaginacion de un soñador.

Antonio trasportó por fin á la encantada salita de Piedad, todas las flores raras, todas las quimeras púdicas, sonrosadas é inverosímiles que forjaba sin cesar su flameante fantasía, y

al prescindir de su cómica circunspeccion, *se desarrolló* á los ojos de la atónita jóven, como un lienzo lleno de infinitos arabescos: se dejó ver como un invernadero pleno de las mas raras flores exóticas.

Así pudo verle bien Piedad, y así le quiso.

Á cada momento era preciso llamarle al mundo, á la sociedad, á la vida real, á la sala.

Piedad solia aventurar su propio espíritu á la vaguedad de los pensamientos de Antonio.

Solia tender sus pensamientos como unas gasas ténues y vaporosas, en las alas de aquel pájaro vagabundo, atrevido é inquieto, que á cada paso tendia el vuelo para ir á hundirse hasta no sé qué cielo de idealidad.

Pero el alma de la muchacha solia fatigarse hasta el extremo, de aquellos vuelos inútiles, á tan inmensa altura de la vida real y de su condicion de novia, hablando buena y humanamente, expresándose en el exacto é indeclinable lenguaje de todas las cosas de acá abajo.

Quería estar con su amante: el amor es una cosa divina, es un don del cielo, es una emanacion del mismo Dios.....

Muy bien.

Pero aun no eran ángeles, sino pobres moradores de este «desierto» *erial*.

Aun no les habia sido concedido el ir á derramar sus almas como una *blanca* nube de incienso en presencia de las aras de oro del Eterno; y mientras llegaban á tal categoría, bueno seria poner los medios para vivir simplemente como habitantes de *este pobre planeta*, y arreglar todas las cosas de tal manera, que pudiesen ir á unirse y á realizar sus ensueños mas gratos y sus mas bellas ilusiones en presencia de cualquiera párroco, *contrayendo matrimonio* «como todos» y conquistando su mutua felicidad ante el ara de la parroquia correspondiente.

XLVIII.

Antonio tenia proyectos.

Se habia hecho preceder en aquella casa y en aquel amor por una informe multitud de *ideas de porvenir*.

Al entrar allí se habia hecho acompañar por un tropel de pensamientos de *mañana*.

Habia dado el brazo á todo un programa de operaciones útiles y provechosas.

Iba resuelto, más á ser un hombre como todos para aquella mujer, que un himno á la belleza de aquel ángel.

Iba á necesitar vestir sus *sentimientos de negocios*.

Iba á forjar un *contrato* para hacerse comprender.

Se creia resuelto. No estaba mas que resignado.

Para *el caso* era lo mismo, siempre que de su resignacion se produjeran actos de una eficaz y productiva energía.

Se habia propuesto nada mas enamorarse, y se medio apasionó.

Era consiguiente; ya de antemano estaba enamorado.

Pudo comprender al través de la *profuscion* de las pasiones, que Piedad era susceptible de compadecerle, tal vez de comprenderle, cuando mucho de amarle.....

Pero nada mas.

Aquella mujer jamás llegaria á sentir por él una *pasion*. El cariño de Piedad habia sido y era comparable á un manso arroyo, llevando entre rumores apacibles y modestas violetas, la onda trasparente de sus linfas hasta llegar á su fin.

El amor de Antonio era una tormenta deshecha, una aspiracion, un fuego continuo y borrascoso que le ahogaba y que, como las borrascas del cielo, solo hubiera podido espirar entre torrentes de lluvia

Los labios de Piedad eran un nido de apacibles sonrisas....
A lo mas, de tiernos y castos besos.

El pecho de Antonio era un volcán que se desbordaba en fuego y que derramaba á raudales las encendidas lavas que bajan á tostar las púdicas flores del verjel de la felicidad.

El pudor y la timidez le exasperaban, le enloquecian.
Veia á Piedad rodeada de una atmósfera de pureza que la hacia inabordable á los arranques locos y casi feroces de su amante.

Si alguna vez la hubiera besado, habria creído siempre que dejaba una mancha, una opacidad, un *vaho* demasiado ardiente en la frente ó en la mano de aquella muchacha lánguida y delicada como una flor.

Antes de visitar á Piedad, Antonio la habia escrito una carta.

Esto es: habia adelantado ya su declaracion amorosa.

Después, que ya visitaba á la jóven, jamás pudo volver á decirle *yo te amo*.

Pero se lo hacia comprender incesantemente.

Antonio *esperaba*.

Esperaba con toda la suma de paciencia que tenia á su disposicion, á que «las cosas fueran como debian de ir».

A nivelar su amor del cielo con sus facultades de la tierra.

Sus sentimientos con su posicion social:

Su situacion del mundo con su idealidad puramente divina.

Puede decirse que Antonio habia puésto en un platillo de la balanza de su destino su propio corazon, con todo su valor y todo su peso.

Era preciso equilibrar aquella balanza, echando en el platillo opuesto otro tanto, por lo menos, de posicion social; de valor real y efectivo; un poco de oro, un poco de *prosa*.

Y ya lo hemos dicho.....

Antonio esperaba con una paciencia ejemplar, verdaderamente sin límites.

Tocaria cada mañana á las puertas de la sociedad, á la entrada de lo positivo, á un antro cualquiera en donde hallara á ese dios serio, pero no severo, que se llama «trabajo».

Por las noches podria permitirse las horas del placer y de la felicidad al lado de Piedad.

La situacion pública, por otra parte, se resentia de un carácter absolutamente anormal.—Estaba casi moribunda.....

¡Quién sabe si sobre el cadáver de aquella situacion podria encontrarse algo!

O mas claro; ¡quién sabe si la nueva situacion pública que se acercaba con marcha agigantada, podria prestarle la suma de elementos necesarios para determinar su situacion personal!.....

La *cosa pública* suele ser una *cosa* muy buena para los que no tienen *cosas* privadas.

El erario se encarga de arreglar las dificultades personales de infinitos adoradores de la *Res-pública*.

Acaso el erario iba á darle el Pactolo en que bañar á su Danae.

Por su parte estaba Antonio resuelto *á todo, á todo*, hasta á adquirir talentos, táctica, simpatías, &c.

Seria un hombre público, un hombre político, un hombre de letras, un juez, un magistrado..... cualquiera cosa.

Hasta un hombre *de negocios*, que no sabemos si es lo primero ó lo último que puede ser un hombre.

Aquella muchacha delgadita, pálida y espiritual, vivia tranquila, pensando en que si *aquel señor* la queria como manifestaba, *pondria los medios*.....

Aquel hombre apuraba sorbo á sorbo como una copa de hiel; este aforismo social nunca desmentido:

«Que jamás se llega al fin sin poner los medios».

XLIX.

La revolucion progresaba de la circunferencia al centro, ejerciendo su inflexible constrictcion sobre la capital.

Miramón, lleno de audacia, blandia su espada contra el formidable *boa*.

El partido reaccionario ceñia ya su espada de viaje y se preparaba á evadirse luchando.

La República de Juarez (permítasenos la expresion) se habia lanzado hacia tiempo íntegra al combate, por no ser conducida á la cárcel por la República de Miramón.

Entre esta alternativa,—el campo de batalla ó la celdilla de la prision,—no se daba medio.

La negra nube que hacia tiempo colgaba en el cenit amenazando al órden de cosas espirante, vino á estallar en Silao y á desplomarse en Calpulalpam.

Las oleadas de los ejércitos republicanos, semejantes á las ondas embravecidas de un nuevo *mar Rojo*, se precipitaron sobre las tribus de aquella especie de israelitas de nuevo género, y su Faraon traspuso el mar, que estaba decretado no volveria á atravesar de nuevo sino para dirigirse al patíbulo de Querétaro.

Aquella tea reaccionaria que se apagó entonces, no debia de volverse á encender por manos mexicanas.

Correspondia á Luis Napoleon Bonaparte volver á levantar la flama con el fuego de fusilería de sus zuavos.

La nueva sangre que tenia que correr en México, como un nuevo bautismo de libertad, no debia de ser solamente mexicana, sino *austriaca*.

Esta simple emision de tan simples conceptos, explica ó in-

dica, por lo menos á nuestro juicio, el verdadero carácter de la última tentativa que el partido llamado reaccionario hizo por apoderarse á toda costa de la situacion.

L.

Pronto, muy pronto, Piedad iba á ser para Antonio «la hija de D. Martin,» y Antonio temblaba pensando que acaso la hija de D. Martin dejara de ser «Piedad.»

¿Cuál era el carácter de ese hombre, á quien nuestro jóven solo conocia por vagas, muy vagas noticias?

D. Martin era un abismo para Antonio.

Se decia que idolatraba aquel hombre á su hija, que sentia por ella una especie de pasion paternal.....

¿Qué posicion iban á ocupar D. Martin y Piedad despues del triunfo de la revolucion?

La nueva posicion de aquella familia ¿tendria que determinar y acelerar de un modo fatal ó favorable los apasionados deseos, las tiernas aspiraciones del jóven?

¡Oh! temblaba bajo tal duda, y se estremecia hasta el *corazon de su corazon*, como diria Shakespeare, al solo temor de perder á Piedad para siempre, y teniendo que ceder á razones de conveniencia, de fuerza, de delicadeza.....

No parece sino que los últimos disparos de Calpulalpam habian venido á herir á Antonio en el corazon, identificándole bajo un extraño respecto con la situacion pública, que yacia casi cadáver!.....

Antonio, empero, guardaba en su corazon, *toda* íntegra y sublime, la epopeya del amor.....

Si el amor es una virtud, es la virtud hermana de las grandes virtudes:

¡La Fé y la Esperanza!

Antonio esperó, pues, y creyó

Y en los momentos en que al repique entusiasta de las campanas de la Catedral, penetraban en México los veinticinco ó treinta mil republicanos triunfantes, Antonio, presa de una agitacion intensa y comprimiendo con ambas manos los latidos de su corazon, clamaba, aparte é infundiéndose solo valor:

— ¡Adelante..... adelante!.....

CAPITULO X.

“TRANSVERBERACION.”

LI.

Antonio recordó todos los poemas mas bellos de los amores mas desgraciados.

Pensó en todos los prodigiosos resultados de la fuerza de voluntad:

En todos los heróicos esfuerzos del corazon.

Antonio sintió agitarse el suyo bajo el impulso del mas sublime entusiasmo:

El entusiasmo del sentimiento.

No sabia cómo llamar á Werther, si un loco ó un santo.

Se replegó de nuevo hácia la idealidad y el amor, divorciándose otra vez de la sociedad.

Hizo la abstraccion mas difícil, pero la mas sagrada. La que ni la moral, ni la sociedad ni la religion autorizan; pero que la autoriza el corazon, y esto basta para las ansiosas exigencias del amante.